



**Antología de Poemas
Concurso Universitario de
Declamación Cívica 2020**

Semana de Juárez

CONTENIDO

ODA A JUÁREZ (fragmento) Félix F. Palavicini	3
PRESENCIA DE JUÁREZ EN LA PATRIA Agenor González Valencia	7
TEMPESTAD Y CALMA EN HONOR A MORELOS (fragmento) Carlos Pellicer	11
LA SUAVE PATRIA Ramón López Velarde	14
HIMNO NACIONAL MEXICANO Francisco González Bocanegra y Jaime Nunó	20
ODA A LA PATRIA – 5 DE MAYO DE 1862 Manuel M. Flores	25
LOS CABALLOS DE LOS CONQUISTADORES José Santos Chocano	32
EMILIANO ZAPATA Salvador Pliego	36
LA RAZA DE BRONCE (fragmento) Amado Nervo	41
LEYENDA DE LOS VOLCANES (fragmento) Rafael López	45

Oda a Juárez

(fragmento)

Félix F. Palavicini

¡No es a llorar a lo que el pueblo viene
ante este semidiós, genio esplendente!
Que en forma de cadáver está ausente.

Este pueblo magnánimo que tiene:
Patriótico furor republicano no
trata de gemir ante la ausencia
de un hombre ilustre que murió gigante
cual ínclito espartano;
de un sabio luchador, por cuya ciencia
pudo decir Anáhuac ¡Adelante!
Y seguir por la senda de la gloria,
al solio de la paz y la bonanza,
y en el campo grandioso de la historia
tomar el puesto que su nombre alcanza.

A Juárez no se llora, se venera, se
le ama, es inmortal, vive en el pecho
de todo mexicano agradecido que por
lema tuviera:

La razón, la justicia y el Derecho.

¿No habéis visto nacer en el Oriente
ese luminoso sol de primavera de
llama incandescente
que con purpúrico fuego reverbera?
¿Le habéis visto subir resplandeciente
y en el zenit brillante culminar,
y perderse después en Occidente
con fulgido y rojizo luminar?
Pues bien, ese trabajo no fue vano
Le dio calor y vida al organismo, savia
a la planta, madurez al grano
y luz al tenebroso oscurantismo.

Así inició el gigante, así
el titán brilló
así lavó su aurora culminante
llegó al zenit y al fin desapareció.
Mas su tremenda lucha no fue vana
vivificó con luz la inteligencia
le dio vigor a la razón humana
y gravó la verdad en la conciencia...
...y recordar es justo cuando se canta
al héroe deslumbrante que aniquiló al
farsante
y a los alumnos de Pinecusio
que fue la juventud la que primera
tomó las armas y formóse fuerte.
La que pagó altanera su saña y
bravura con la muerte
y murieron también los soñadores.

¡Indio Juárez! Bienhechor de América
yo sé mis cantares no desdeñas
democrático rey del Nuevo Mundo
Hijo de Ixtlán, tu enseñas a
luchar como luchan los patriotas
después de mil derrotas
enderezas altiva tu cabeza
y no hay ni rey, ni majestad, ni alteza, que se
atreva a mirarte frente a frente tu impávido coraje
es elocuente.
Podrán la tempestad horrorizando
con rugidos, con truenos y
centellas asustar al piloto
acobardado; pero nunca a Colón...
El buen vate que canta a las estrellas,
temblará junto al bardo desterrado de
heroico corazón,

de esos poetas que arredran al verdugo
que espantan al traidor;
de esos genios así, cual Víctor Hugo,
De numen y valor; esos son
los que admiran tu grandeza que
conocen tus hechos colosales; no el
servilismo infiel y la bajeza
de ignorantes y oscuros cléricales.

Pueblo de Anáhuac atrevido y fiero
indómito guerrero,
si pudieses de Píndaro y Romero pulsar
la lira de oro,
de mis cantos épicos trajera, la
ofrenda más hermosa, y en ellos
te dijera: que la enseña
patriótica, gloriosa,
ondeando en el zenit republicano puede
dar en loor
de ese valiente sabio que por norma
llevó siempre el deber
y sostuvo con su alma y su saber,
las sacrosantas leyes de "Reforma"

Dicen, valiente pueblo que dormido
Yaces sobre la tierra, aletargado.
Y más tarde dirán que estás vencido si
no sabes cumplir lo que has jurado
si duermes, preciso es que despiertes
Y que vivas alerta porque viéndote
débil, se hacen fuertes los traidores y

vienen a tu puerta para robar tu fama
y tus laureles
para infamar tu nombre bendecido
para insultar a los que fueron fieles A
ese titán dormido;
Más no importa, tú fuerza prepotente
aumentó reposando
y puedes levantar tu altiva frente al
mundo presentando:
Los modernos soldados de la idea los
nuevos defensores de tus lares,
pues saldrán de los campos de pelea:
Otro Zarco, otro Lerdo, y otros "Juárez".

Presencia de Juárez en la patria

Agenor González Valencia

I

Era un carrizo musical la aurora.
Una nota morena era la raza.
Eran los ojos del nativo origen que
iban hollando las plantas del silencio.

La noche zapoteca entre dialectos
parió la luz que iluminó este suelo.

Una hermosa semilla sufrimiento
entre huaraches y la piel del pueblo
olorosa a rebaños fue creciendo.

Y llegó la edad de la memoria.

Ovejas de pavor se humedecieron cuando
entre islotes de impaciencia, vieron viajar al
carrizal de la inocencia.

II

Ambuló mi pensamiento hasta las ruinas
que se acomodan en Teotitlán
y en un vaso moldeado por el tacto
descendió mi conciencia al reino
mineral.

De las piedras salieron los rostros de los hombres que
una joven cultura vinieron a dictar.

Llevaban el espíritu del tigre
envuelto en tradiciones y pintura mural.
(El sol con su figura guacamaya borró la
oscuridad.

Dejó en aquella parte del planeta su
presencia solar)

III

Irrumpió la primavera sonrosada, arrancando
su fuerza de la Sierra de Ixtlán.

Vino a expender sus frutos desde Oaxaca y
a exhibir la cerámica de Monte Albán.

(La tarde gris de la primera tarde puso cuatro
peldaños a regia ofrenda piramidal)

IV

¡Ah! la Primavera Mexicana que se inicia
con Juárez para nunca acabar.

Tiende sus alas recias y tutelares,
allende el mar.

Tiende su ley de bronce -toga y balanza-
, sonoramente vegetal.

Y abre montañas y cordilleras cantando:
y abre montañas y cordilleras cantando
¡América!, con su
carrizo musical.

(Desde la cumbre del Cempoaltépetl
el fuego de una raza
comenzó por arder)

V

Miré la adolescencia tristemente olvidada en
medio de su medio natural.

Sentí más cerca la presencia de Juárez
y del barro, el comienzo racional.

¡Ah! la encantada arcilla que allá en Guelatao al
agua silenciosa le dobla las rodillas.

Todo lo que humedece desde el sol a la luna
en el sencillo encanto ingenuamente provincial,
convertido en laguna primaveral.

VI

Huérfano de alfabeto crece el árbol silvestre que
a todos maravilla.

Y en su mirar concreto,
se va impregnando el pueblo del idioma Castilla.

Transpira vida su noble arquitectura en
la selva del tiempo que le tocó vivir.

A golpe de inquietudes florece la cultura y al
corazón commueve la Gran Luz por venir.

VII

De Norte a Sur, del Este al Oeste, el
pueblo soportaba
sus torres de marfil.

Catedrales de diezmos levantaba
y templos de maíz.

Como ceibo viril, descortezado,
hambriento de igualdad y de justicia,
desnudo como el pie del campesino
esperaba su luz el Pueblo Mexicano.

De encomiendas, a criollos,
iba acumulando:
sus trojes de dolor esclavizado,
su epidermis al látigo prendida,
los cereales que al alma
germinaba, la cuenta de doliente
agricultura, la sal, el catequismo y
el rosario, la sotana del cura, y del
amo, el santo escapulario.

VIII

Allí estaba la Patria: Una joven
mestiza con harapos,
exhibiendo su ropa desgarrada,
la espiga y el sudor, la flor del
cuello,
los surcos de la espalda, el
pulque y el tabaco,
la herencia de Cortés:
idioma-abecedario, la
gota sifilítica y el
piojo castellano.

Tempestad y calma en honor a Morelos (fragmento) Carlos Pellicer

I

Imaginad: una
espada
en medio de un jardín.
Eso es Morelos

Imaginad: una
pedrada
sobre la alfombra de una triste fiesta.
Eso es Morelos

Imaginad: una
llamarada
en almacén logrado por avaricia y robo.
Eso es Morelos

Ya tengo las imágenes pero no las palabras. Pero
hay aceros, y piedras, y llamas.

Porque nada hay más hondamente hermoso para
el humano oído, que la palabra.

Si las palabras vinieran para decir: Morelos,
vendrían ocultas en esos nubarrones de piedra que
a unos cuantos kilómetros nos miran:

La tempestad de rocas de Tepoztlán, vecina, el
 huracán de piedra de Tepoztlán, que avanza,
 esas gargantas que vociferan árboles,

esos peldaños a pájaros y lluvias
 cuando pasa la noche de resonantes piedras y
 el sol sacude el sueño de la luz, allá arriba.

Aún hay aceros. Y piedras. Y llamas.

Ésta es la hora de las palabras
terriblemente cristianas.

Las que hieren, las que arden, las que
aplastan. ¡Ah! ¡Si yo pudiera arrojar mi
corazón y provocar una grieta en la
montaña!

¡Hablar en piedra y escribir en llamas!

La espada silenciosa que abrió el cerrado pecho: ni
un corazón que surja: todo estaba desierto.

La zumbadora piedra que el cuerpo ha derrumbado: era
sólo una cáscara y polvo dentro de ella.

El siempre fuego que a la ciudad ardió:
halló sólo papeles, y el humo, no duró...

Éstas son las palabras terriblemente buenas, palabras
vivas, hechas de llamas sobre las piedras.

Grité ¡Morelos!, hace quince años desde las rocas de Tepoztlán

¡Olor a Cuautla! y entre palmeras hechas
laureles salté al abismo del heroísmo; grité
¡Morelos! Y vi la tierra abajo desde el verde al
azul.

Y unas botas sin ruido lo estremecieron todo Y
sudaba una frente su pañuelo de luz.

Grité ¡Morelos!, hace quince años en Acapulco.

Y clamoroso mar me atropelló. Una
raya de verde movida en cuatro azules
espiral rumor blanco dentro de ella enrolló.
Y un trueno hizo caer el roble de los vientos.
Y oí en mí mismo cuando mi pecho gritó ¡Morelos!
Y a un alto en mis arterías fue mi sangre a parar.
Bajar del monte, querer el mar.
Vivir con pocas palabras; pero en
cada palabra tener una tempestad.
Ah, si yo pudiera haberlas dicho
acero, piedra, llama.

Gritar Morelos y sentir la flama.
Gritar Morelos y lanzar la piedra.
Gritar Morelos y escalofriar la espada.,
Tú fuiste una espada de Cristo, que
alguna vez, tal vez, tocó el demonio.
Gloria a ti por la tierra repartida.
Perdón a tu crueldad de mármol negro.
Gloria a ti porque hablaste tu voz diciendo América.
Perdón a tu flaqueza en el martirio.
Gloria a ti al igualar indios, negros y blancos. Gloria
a ti, mexicano y hombre continental.
Gloria a ti que empobreciste a los ricos
y te hiciste comer de los humildes,
procurador de Cristo en el Magníficat.
Gritar Morelos
es escuchar la Gloria y sentir el perdón.

La suave patria

Ramón López Velarde

Proemio

Yo que sólo canté de la exquisita
partitura en íntimo decoro,
alzo la voz a la mitad del foro,
a la manera del tenor que imita
la gutural modulación del bajo,
para cortar a la epopeya un gajo.

Navegaré por las olas civiles con
remos que no pesan, porque van
como los brazos del correo chuan
que remaba la Mancha con fusiles.

Diré con una épica sordina:
La patria es impecable y diamantina.

Suave patria: permite que te envuelva
en la más honda música de la selva
con que me modelaste por entero al
golpe cadencioso de las hachas,
entre risas y gritos de muchachas

y pájaros de oficio carpintero.

Primer acto

Patria: tu superficie es el maíz, tus
minas el Palacio del Rey de Oros, y
tu cielo las garzas en desliz
y el relámpago verde de los loros.

El Niño Dios te escrituró un establo y
los veneros de petróleo el diablo.

Sobre tu Capital, cada hora vuela
ojerosa y pintada, en carretela;
y en tu provincia, del reloj en vela
que rondan las palomas colipavos,
las campanadas caen como centavos.

Patria: tu mutilado territorio se
viste de percal y de abalorio.

Suave Patria: tu casa todavía es
tan grande, que el tren va por la vía
como aguinaldo de juguetería.

Y en el barullo de las estaciones, con
mirada de mestiza, pones
La inmensidad sobre los corazones.

¿Quién, en la noche que asusta a la
rana, no miró, antes de saber del
vicio, del brazo de su novia, la
galana
pólvora de los fuegos de artificio?

Suave Patria: en tu tórrido festín
luces policromías de delfín,
y con tu pelo rubio se desposa

el alma, equilibrista chuparrosa,
y a tus dos trenzas de tabaco sabe
ofrendar aguamiel toda mi briosa
raza de bailadores de jarabe.

Tu barro suena a plata, y en tu puño su
sonora miseria es alcancia;
y por la madrugada del terruño,
en las calles como espejos, se vacía el
santo olor de la panadería.

Cuando nacemos, nos regalas
notas, después, un paraíso de
compotas, y luego te regalas toda
entera,
suave Patria, alacena y pajarera.

Al triste y al feliz dices que sí, que en su
lenguaje de amor prueben de ti la
picadura de ajonjolí.

¡Y tu cielo nupcial, que cuando truena
de deleites frenéticos nos llena!

Trueno de nuestras nubes, que nos
baña de locura, enloquece a la
montaña,
requiebra a la mujer, sana al lunático,
incorpora a los muertos, pide el Viático,
y al fin derrumba las madererías de
Dios, sobre las tierras labrantías.

Trueno del temporal: oiga en tus quejas
crujir los esqueletos en parejas,
oigo lo que se fue, lo que aún no toco

a la hora actual con su vientre de coco,
y oigo en el brinco de tu ida y venida,
ioh, trueno!, la ruleta de mi vida.

INTERMEDIO ***Cuauhtémoc***

Joven abuelo: escúchame loarte,
único héroe a la altura del arte.

Anacrónicamente, absurdamente,
a tu nopal inclínase el rosal:
al idioma del blanco, tú lo imantas y
es surtidor de católica fuente
que de responsos llena el victorial
zócalo de cenizas de tus plantas.

No como a César el rubor patrício
cubre el rostro en medio del suplicio:
tu cabeza desnuda se nos queda,
hemisféricamente, de moneda.

Moneda espiritual en que se fragua
todo lo que sufriste: la piragua
prisionera, al azoro de tus crías, el
sollozar de tus mitologías,
la Malinche, los ídolos a nado,
y por encima, haberte desatado
del pecho curvo de la emperatriz
como del pecho de una codorniz.

SEGUNDO ACTO

Suave Patria: tú vales por el río de
las virtudes de tu mujerío.

Tus hijas atraviesan como hadas, o
destilando un invisible alcohol,
vestidas con las redes de tu sol,
cruzan como botellas alambradas.
Suave Patria: te amo no cual mito,
sino por tu verdad de pan bendito,
como a una niña que asoma por la
reja con la blusa corrida hasta la
oreja y la falda bajada hasta el
huesito.

Inaccesible al deshonor, floreces;
creeré en ti, mientras una mexicana
en su tápalo lleve los dobleces
de la tienda, a las seis de la mañana,
y al estrenar su lujo, quede lleno
el país, del aroma del estreno.

Como la sota moza, Patria mía, en
piso de metal, vives al día,
de milagro, como la lotería.

Tu imagen, el Palacio Nacional, con
tu misma grandeza y con tu igual
estatura de niño y de dedal.

Te dará, frente al hambre y al obús,
un higo San Felipe de Jesús.

Suave Patria, vendedora de chía:
quiero raptarte en la cuaresma opaca,
sobre un garañón, y con matraca,
y entre los tiros de la policía.

Tus entrañas no niegan un asilo
para el ave que el párvulo sepulta en
una caja de carretes de hilo,
y nuestra juventud, llorando, oculta

dentro de ti, el cadáver hecho poma de
aves que hablan nuestro mismo idioma.

Si me ahogo en tus julios, a mí baja
desde el vergel de tu peinado denso
frescura de rebozo y de tinaja,
y si tirito, dejas que me arrope
en tu respiración azul de incienso
y en tus carnosos labios de rompope.

Por tu balcón de palmas bendecidas el
Domingo de Ramos, yo desfilo
lleno de sombra, porque tú trepidas.

Quieren morir tu ánima o tu estilo, cual
muriéndose van las cantadoras
que en las ferias, como el bravío pecho
empitonando la camisa, han hecho
la luxuria y el ritmo de las horas.

Patria, te doy de tu dicha la clave: sé
siempre igual, fiel a tu espejo diario;
cincuenta veces es igual el AVE
taladrada en el hilo del rosario,
y es más feliz que tú, Patria suave.

Sé igual y fiel; pupilas de abandono;
sedienta voz, la trigarante faja
en tus pechugas al vapor; y un trono a
la intemperie, cual una sonaja:
la carretera alegórica de paja!

Himno Nacional Mexicano

Francisco González Bocanegra y Jaime Nunó

*Volemos al combate, a la venganza y
el que niegue su pecho a la esperanza
hunda en el polvo la cobarde frente.*

CORO

Mexicanos, al grito de guerra el
acero aprestad y el bridón,
y retiemble en sus centros la tierra al
sonoro rugir del cañón.

Ciñe ioh patria! Tus sienes de oliva
de la paz el arcángel divino,
que en el cielo tu eterno destino,
por el dedo de Dios se escribió;

Mas si osare un extraño enemigo,
profanar con su planta tu suelo,
piensa ioh patria querida! Que el cielo
un soldado en cada hijo te dio.

CORO

Mexicanos al grito de guerra, etc.

En sangrientos combates los viste
por tu amor palpitando sus senos,
arrostrar la metralla serenos,
y la muerte o la gloria buscar.

Si el recuerdo de antiguas hazañas
de tus hijos inflama la mente,
los laureles del triunfo, tu frente

volverán inmortales a ornar.

CORO

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Como al golpe de rayo la encina se
derrumba hasta el hondo torrente, la
discordia vencida, impotente,
a los pies del arcángel cayó:

Ya no más de tus hijos la sangre, se
derrame en contienda de hermanos;
sólo encuentra el acero en tus manos
quien tu nombre sagrado insultó.

CORO

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Del guerrero inmortal de Zempoala
te defienda la espada terrible, y
sostiene su brazo invencible
tu sagrado pendón tricolor;

El será del feliz mexicano en la
paz y en la guerra el caudillo,
porque él supo sus armas de brillo
circundar en los campos de honor.

CORO

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

¡Guerra, guerra sin tregua al que intente
de la patria manchar los blasones!

¡Guerra, guerra! Los patrios pendones
en las olas de sangre empapad:

¡Guerra, guerra! En el monte, en el valle
los cañones horrísonos truenen, y
los ecos sonoros resuenen
con las voces de ¡Unión! ¡Libertad!

CORO

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Antes, patria, que inermes tus hijos
bajo el yugo su cuello dobleguen,
tus campiñas con sangre se rieguen,
sobre sangre se estampe su pie;

Y tus templos, palacios y torres se
derrumben con hórrido estruendo, y
tus ruinas existan diciendo: de mil
héroes la patria aquí fue.

CORO

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Si a la lid contra hueste enemiga
nos convoca la trompa guerrera, de
Iturbide la sacra bandera
¡Mexicanos! Valientes seguid:

Y a los fieros bridones les sirvan
las vencidas enseñas de alfombra,
los laureles del triunfo den sombra
a al frente del bravo adalid.

CORO

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Vuelva altivo a los patrios hogares el
guerrero a contar su victoria,
ostentando las plumas de gloria
que supiera en la lid conquistar:

Tornáranse sus lauros sangrientos
en guirnaldas de mirtos y rosas,
que el amor de las hijas y esposas
también sabe a los bravos premiar.

CORO

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Y el que al golpe de ardiente metralla
de la patria en las aras sucumba,
obtendrá en recompensa una tumba
donde brille de gloria la luz:

Y de Iguala la enseña querida
a su espada sangrienta
enlazada, de laurel inmortal
coronada,
formará de su fosa la cruz.

CORO

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

¡Patria! ¡Patria! Tus hijos te juran
exhalar en tus aras su aliento,
si el clarín con su bélico acento,
los convoca a lidiar con valor:

¡Para ti las guirnaldas de oliva!

¡Un recuerdo para ellos de gloria!
¡Un laurel para ti de victoria!
¡Un sepulcro para ellos de honor!

CORO

Mexicanos, al grito de guerra, etc.

Oda a la patria
5 de mayo de 1862

Manuel M. Flores

Alcemos nuestro lábaro en la cumbre
esplendorosa de granito y nieve
del excuso volcán, a donde raudo
entre el fulgor de la celeste lumbre
tan sólo el cóndor a llegar se atreve;
donde la nube se desgarra el seno
para vibrar el rayo
y hacer rodar en el abismo el trueno.
Alcemos, sí, bajo la arcada inmensa
del cielo tropical y sobre el ara
diamantina del Ande
el augusto pendón de la victoria,
que aún mereciera pedestal más grande
la enseña de la Patria y de la Gloria.

¡Oh santo nombre de la patria!...
Escucha con tu prestigio
inmenso
esta mi audaz palabra, tan desnuda
de elocuencia y vigor; haz que vibrante
al pie de tus altares se levante,
y sea la nube del incienso
ante el ara de Dios-, haz que resuene
potente, y en su vuelo
con tu renombre los espacios llene y
cubra el mundo y se levante el cielo.

Ayer –fugaz minuto que a la Historia
acaba de pasar en las serenas
y deslumbrantes alas de la Gloria–
ayer en la ignorada
cumbre de una colina que ceñía
Una cinta de frágiles almenas
y pobre artillería,

el mexicano pabellón flotaba
bajo un cielo de brumas,
como en la frente del guerrero azteca
rico penacho de vistosas plumas.

De las brisas del trópico... crujía
mas no flotaba al beso voluptuoso al
soplo tempestuoso
de un huracán de muerte, y se tendía
su lona tricolor, como del iris
sobre la frente negra de los cielos la
diadema se ostenta
cuando huyendo flamígera sacude
su melena de rayos la tormenta.

Y era también un iris de esperanza
aquel sagrado pabellón erguido
ante el genio feroz de la matanza,
aquella enseña del derecho herido
alzándose terrible a la venganza,
allí del Mundo de Colón los ojos se
fijaban severos, centellando
de impaciencia, de cólera y enojos.
A fuerza de reveses y derrotas.

Mas pise yo la Patagonia playa o
ya escuche del Niágara el estruendo, y
a los helados Alpes esté viendo
o contemple el magnífico Himalaya:

Allá en la soledad ioh patria mía!
Siempre estarás presente en mi memoria;
¿Cómo olvidar tu congojosa historia? Antes
del sauce nacerá la rosa,
¿Cómo olvidar tu llano y agonía?
Y crecerán las palmas en los mares,
que me llegue a olvidar de mis hogares,
que te pueda olvidar, México hermoso.

¡Roma, patria de Curios y Catones!
Compadezco tu suerte lamentable:
leyes te dieron con sangriento sable
del Norte los terribles batallones.

Los viles e insolentes pretorianos
desgarraron tus leyes con la espada,
la toga venerada fue pisada
mil veces por brutales veteranos.

¡Patria infeliz! Sin Curios ni Catones, ha
sido tu destino lamentable:
leyes te dieron con sangriento sable
del Norte los terribles batallones.

Tú también has sufrido mis tiranos que
pisaron las leyes y la toga,
y que apretaron con sangrienta soga
tu cuello tierno, y tus cansadas manos.
De esos titanes al tremendo empuje...
¿Qué vas a ser?... vedlo ya...

Suena la trompa, silba la
bala, la metralla ruge,
se avanzan con furor los batallones, se
chocan los guerreros,
se desgarran flotando los pendones,
crujen tintos en sangre los aceros,
tiembla la cumbre, tiembla la llanura al
estrondo mortal de la pelea,
y el humo y polvo en la tiniebla oscura
el cañón formidable centellea. ¡Terrible
batallar! Potente rabia de insensato
furor ebrio de sangre; festín de la
venganza
en que sólo resuena pavoroso

el salvaje rugir de la matanza; en
que fiera la vida
se escapa palpitante por la herida
del corazón indómito, que aun late
encendido en las iras del combate
instante de terror y de grandeza
en que el débil en bravo se convierte
y se hace león el corazón del fuerte, y
convulsa la vida se desgarra
y se goza el Horror y ríe la Muerte.

¡Terrible batallar! Golpe por golpe,
furor sobre furor, vida por vida
y sangra nada más... allí el renombre
del francés vencedor y su pericia
contra el derecho transformado en hombre y
armado de justicia.

Terribles las legiones, cual
de la mar las olas turbulentas
que flagela el furor de las tormentas
se encuentran y se chocan y se rompen
feroces y sangrientas...

Y ¿es verdad?... ¿es verdad?... los invencibles, los
que cejar no pueden,
los tigres de Inkermann y Solferino,
aquí, blanca la faz, perdido el tino
y con miedo en el alma... retroceden.

¿En dónde está su incontrastable arrojo?
¿En dónde su furor armipotente?
¿De el llegar y vencer que suyo haría
inmóvil de terror el continente?
¿Las águilas francesas no
midieron, cruzando el Océano,
cuánto eres, Libertad, grande y potente
bajo el inmenso cielo americano?...

Soberbias te arrojaron sus legiones;
y viéndolas llegar, en tu mirada las
iras del ultraje centellaron.

El rayo de la muerte fulminaron;
relámpagos los golpes de tu espada
sangrienta charca abrióse tu pisada,
nada su rabia de leones pudo, y
ante tu fuerte escudo,
ellas... las invencibles... se estrellaron.

¡Y tres veces así!... del Guadalupe
quedaron las laderas
de pálidos cadáveres regadas, y
de francesa sangre
y sangre mexicana iay! Empapada.
Y cuando el sol de Anáhuac esplendente
bajaba al occidente
el ángel tutelar de la victoria
voló a arrancarle su postrero rayo,
bañó con él de México la frente
sellándola de gloria;
y con letras del sol CINCO DE MAYO
para los siglos escribió en la historia.

Entonces... tú solo sabes, Puebla mía.
¡Oh Puebla, cuyo nombre bendecido
es alzar como quiero nunca supe!...
Tu nombre para siempre esclarecido
la Francia lo aprendió en el estampido
del cañón que tronaba en Guadalupe.
Cayó ese nombre en la soberbia Europa
con el ruido triunfal de una victoria;
cayó vestido con el manto de oro
del sol de Mayo que alumbró tu Gloria.

Desde entonces, allá, bajo el sereno
dosel de auroras que desplega oriente,
envuelta en olas de oro por la lumbre
de aquese sol triunfal y coronada

con el lauro que el tiempo no destroza,
del Guadalupe yérguese en la cumbre
la figura inmortal de Zaragoza.

Las águilas francesas que algún día
tendieron sobre el mundo
ebrias de triunfo las potentes alas.
Llevando entre sus garras las banderas
vencidas y hechas trizas
de naciones altivas guerreras;
las águilas que guiaron la fortuna
sangrienta de los fieros Bonaparte,
no pasaron s vuelo victorioso
después, del Guadalupe en el baluarte.
Y queda allí, soberbio monumento de
patriotismo y gloria,
vistiendo con la sangre no lavada
la púrpura triunfal de su victoria.

Allí queda a su planta la esforzada
guerra del Atoyac, Puebla la bella;
la tierra de mi hogar que guarda altaiva.
Cual cicatrices que la gloria sella,
sus calles destrozadas,
sus rotos muros, sus deshechos lares,
y en pie las ruinas de sus grandes tiempos:
Por la bala francesa acribilladas,
elocuente padrón del
heroísmo y del patrio
denuedo, página de la
Historia
del mexicano corazón sin miedo.

Allí queda la invicta amazona
mostrando cual trofeo
la palpitante herida del combate,
por la cual, ante el sol como en el roto
pecho de los guerreros de Tirteo

se ve el valiente corazón que late.

Allí queda ese fuerte de los libres ante
cuyo granito la soberbia
de los nunca vencidos se destroza; allí
quedan ese campo de pelea
donde hollaron las cruces de Crimea
los cascos del Corcel de Zaragoza.
¡Allí quedas, mi Puebla! Y si algún día
arroja el extranjero
el grito de la guerra a tu muralla,
¡Renueva tu osadía, vibra de nuevo
el matador de acero,
desata el huracán de la metralla;
fulmina de la muerte el rayo,
y la sangre del campo de batalla
la saque aún otra vez la esplendorosa
lumbre de gloria de tu sol de Mayo!

Los caballos de los conquistadores

José Santos Chocano

¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!
Sus pescuezos eran finos y sus ancas
relucientes y sus cascos musicales...
¡Los caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!

¡No! No han ido los guerreros solamente, de
corazas y penachos y tizones y estandartes,
los que hicieron la conquista

de las selvas y los Andes:

Los caballos andaluces, cuyos nervios
tienen chispa de la raza voladora de los árabes,
estamparon sus glorias herraduras en los secos
pedregales,

en los húmedos pantanos,
en los ríos resonantes, en
las nieves silenciosas,

en las pampas, en las sierras, en los bosques y en los valles.

¡Los caballos eran fuertes!

¡Los caballos eran ágiles!

Un caballo fue el primero en
los tórridos manglares,
cuando el grupo de Balboa caminaba
despertando de las dormidas soledades,
que pronto dio el aviso del Pacífico
Océano, porque ráfagas de aire al olfato le
trajeron

las salinas humedades; y el
caballo de Quesada, que en la cumbre Se
detuvo, viendo, al fondo de los valles, el
fustazo de un torrente

como el gesto de una cólera salvaje,
saludó con un relincho
la sabana interminable...

Y bajó, con fácil trote, los
peldaños de los Andes,
cual por unas milenarias escaleras
que crujían bajo el golpe de los cascos musicales... ¡Los
caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!

¿Y aquel otro de ancho tórax,

que la testa pone en alto, cual querido ser más grande, en
que Hernán Cortés un día
Caballero sobre estribos rutilantes,
desde México hasta Honduras
mide leguas y semanas, entre rocas y boscajes?
¡Es más digno de los lauros,
que los potros que galopan en los cánticos triunfales
con que Píndaro celebra las olímpicas disputas entre
el vuelo de los carros y la fuga de los aires!

Y es más digno todavía de
las Odas inmortales,
el caballo con que Soto diestramente
y tejiendo cabriolas como él sabe,
causa asombro, pone espanto, roba fuerzas
y, entre coro de los indios, sin que
nadie
haga un gesto de reproche, llega al trono de Atahualpa
y salpica con espumas las insignias imperiales... ¡Los
caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!

El caballo del beduino que
se traga soledades;
el caballo milagroso de San Jorge
que tritura con sus cascós los dragones infernales;
el de César en las Galias;
el de Aníbal en los Alpes;
el centauro de las clásicas leyendas,
mitad potro, mitad hombre, que galopa sin cansarse y
que sueña sin dormirse
y que flechas los luceros y que corre más que el aire;
todos tienen menos alma,
menos fuerza, menos sangre,
que los épicos caballos andaluces

en las tierras de la Atlántida salvaje,
soportando las fatigas
las espuelas y las hambres,
y entre el fleco de los anchos estandartes, cual
desfile de heroísmos coronados
bajo el peso de las férreas armaduras
con la gloria de Babieca y el dolor de Rocinante...
En mitad de los fragores decisivos del combate, los
caballos con sus pechos
arrollaban a los indios y seguían adelante; y
así, a veces, a los gritos de ¡Santiago!
Entre el humo y el fulgor de los metales,
se veía que pasaba, como un sueño,
el caballo del Apóstol a galope por los aires... ¡Los
caballos eran fuertes!
¡Los caballos eran ágiles!

Se diría una epopeya
de caballos singulares,
que a manera de hipogrifos desatados
O cual río que se cuelga de los Andes,
llegan todos, empolvados,
jadeantes,
de unas tierras nunca vistas
a otras tierras conquistables;
y, de súbito, espantados por un cuerno
que se hincha de huracanes,
dan nerviosos un relincho tan profundo
que parece que quisiera perpetuarse...
y, en las pampas sin confines,
ven las tristes lejanías, y remontan las edades,
y se sienten atraídos por los nuevos horizontes,
se aglomeran, piafan, soplan... y se pierden al escape: detrás
de ellos una nube,
que es la nube de la gloria, se levanta por los aires...
¡Los caballos eran fuertes! ¡Los
caballos eran ágiles!

Emiliano Zapata

Salvador Pliego

I (Libertad)

Yo vivo con la ventana abierta.

Un día un hombre sintió la tierra,
con su mano abierta bajó a tocarla y
fue juntándole polvo a polvo, grano
a grano, partícula a partícula.

Se le acercó otro hombre y le fue adhiriendo,
como otro grano, como otra parte, como
un fragmento del polvo y llano.

Se le acercaron más y les fue
agregando:
grano en los granos, polvo en los polvos,
tierra en la tierra.

Juntó más pueblos, comunas y asentamientos.
Y ya su puño, repleto de ellos,
lo fue cerrando y lo fue curtiendo.

Y cuando firme sintió su mano, abrió su
puño, rasgó en el surco, clavó sus dedos, y a los
hombres los fue extendiendo.

Y ya sembrados tocó al primero, le dio
una pala y el polvo entero, y dijo: ¡hablad!

Yo vivo con la ventana abierta.
¡Pasad!

II

(El Plan de Ayala)

Soy
la tierra.

En mi sangre corren las centurias, los
volcanes que se abrieron en racimos al sembrarlos, los
carbones metálicos y las herramientas
llenas de harapos, de llagas, de úlceras golpeadas en los surcos,
en las catedrales de arena y sudores, en las páginas
de cada piedra evidenciada.

Soy la huerta de un pedazo de la historia:
su grito de hambre y sus bocas de batalla, el
polvo en vez de harina en la montaña,
el licor del rocío en la copa ausentada.

Por mis letras corren comuneros: los
padres ancestrales al metal encadenados y
los jinetes de un sol insurrecto en el arado.

Yo soy la tierra: el pan que prende y su semilla, la
ruta sin mentiras que anduvo desterrada
y fue a la patria primero a buscarse una bandera; la
que proclamó la geografía
y arrancó los antiguos corazones,
los añejos y cobrizados corazones,
los invencibles y puros corazones
para darlos a la vida;
a ellos, a todos ellos, a
cada uno,
a cada quien, a
todos,
a nosotros todos, a
los miserables,
a los hombres,

a los desheredados y a los colmados, a
los hijos insepultos de la historia:

¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!

III

(Agrarista)

Tengo en la sangre una penca y
emblema de jornalero,
un surco labrado en el pecho
y el trinche sublevando al ranchero.

Por mi sombrero agrarista y
el huarache de liana y cuero,
de cara digo y sostengo:
la tierra es lo primero!

Ya nos vemos, agraristas, con
el manifiesto de Zapata.

Ya nos vemos levantando al
maizal y al pueblo entero.

Desde la Villa de Ayala,
hasta Tulyehualco y Topilejo, se
abrieron esos linderos
enseñando los sombreros.

¡Ya carguen todos cananas en
las blusas y en las faldas!
¡Ya recarguen esos cartuchos en
las manos libertarias!

Que no se rajen, rancheros; que
no se rindan, poblados:
por mi sombrero agrarista
la tierra ha de hablar primero.

IV

(As de Oros – el alazán de Zapata-)

Eran las diez y derramaba.

Las diez y el As de Oros giraba: su crin al suelo, su hocico ya no más relinchaba, la cuerda rota, el cinturón quebrado y la espuela de cobre ya silenciada.

En Chinameca sus venas le perforaban.

¡Eran las diez y la tierra no despertaba!

Los azadones quebraban, las hachas sólo mellaban; machetes, cual cueros, doblaban y quebrantaban;
los trinches y los rastrillos en nervios se convertían y se amedrentaban cuando les tocaban.

¡Eran las diez y la tierra no despertaba!

El sol escondía su braza en la oscura mitad de la hierba y en los zarapes las tumbas abrían sus centenarias cadenas.

Allá las plazuelas menguaban lanzando quejidos y rabias.
Los trenes silbaban, huyendo, donde nadie les escuchara.

¡Eran las diez y la tierra no despertaba!

¡Eran las diez y no despertaba!

¡Ningún caballo ya relinchaba!

La hacienda su horror en la plaza apostillaba.
Su sangre era de luto y aún salpicaba.
Los muros cortaban cartucho en las pupilas que un lobo les dilataba.

Las balas zumbaban derramando mazorcas, acorralando los campos, arrancando las hierbas.

¡Eran de bestias los ojos que aullaban!

¡Eran de odio, crueldad e impudicia!

¡Eran de alimañas los gatillos que en la hacienda tronaban!

¡Eran las diez y no relinchaba! ¡Ningún caballo ya relinchaba!

Por más que se le moviera, por más vida que la vida le diera, por más criterio que le cobijara, por más señas con las que le zarandeaban; iya no relinchaba!

¡Eran todas las horas y no despertaba!

¡Todas las horas y encadenadas!

¡Todas las horas ya sepultadas!

¡Todas las tierras secas y abandonadas!

¡Todas las muertes muertas y destrozadas!

¡Y no relinchaba!

¡No relinchaba!

¡Ya no relinchaba!

La raza de bronce Leyenda heroica (fragmento)

Amado Nervo

I

Señor, deja que diga la gloria de tu raza, la gloria de los hombres de bronce, cuya maza melló de tantos yelmos y escudos la osadía:

!oh caballeros tigres!, oh caballeros leones!, !oh! caballeros águilas!, os traigo mis canciones; !oh enorme raza muerta!, te traigo mi elegía.

II

Aquella tarde, en el Poniente augusto,
el crepúsculo audaz era en una pira
como de algún atrida o de algún justo;
llamarada de luz o de mentira
que incendiaba el espacio, y parecía
que el sol al estrellar sobre la cumbre
su mole vibradora de centellas,
se trocaba en mil átomos de lumbre,
y esos átomos eran las estrellas.

Yo estaba solo en la quietud divina
del Valle. ¿Solo? ¡No! La estatua fiera
del héroe Cuauhtémoc, la que culmina
disparando su dardo a la pradera,
bajo del palio de pompa vespertina
era mi hermana y mi custodio era.

Cuando vino la noche misteriosa
—jardín azul de margaritas de oro— y
calló todo ser y toda cosa,
cuatro sombras llegaron a mí en coro;
cuando vino la noche misteriosa
—jardín azul de margaritas de oro—.

Llevaban una túnica esplendente,
y eran tan luminosamente bellas
sus carnes, y tan fulgida su frente,
que prolongaban para mí el Poniente
y eclipsaban la luz de las estrellas.

Eran cuatro fantasmas, todos hechos
de firmeza, y los cuatro eran colosos y
fingían estatuas, y sus pechos
radiaban como bronces luminosos.

Y los cuatro entonaron almo coro...

Callaba todo ser y toda cosa; y
arriba era la noche misteriosa
jardín azul de margaritas de oro.

III

Ante aquella visión que asusta y pasma,
yo, como Hamlet, mi doliente hermano,
tuve valor e interrogué al fantasma;
mas mi espada temblaba entre mi
mano.

—¿Quién sois vosotros, exclamé, que en presto giro
bajáis al Valle mexicano?

Tuve valor para decirles esto; mas
mi espada temblaba entre mi mano.

—¿Qué abismo os engendró? ¿De qué funesto limbo
surgís? ¿Sois seres, humo vano?

Tuve valor para decirles esto; mas
mi espada temblaba entre mi mano.

—Responded, continué. Miradme enhiesto
y altivo y burlador ante el arcano. Tuve
valor para decirles esto;
imás mi espada temblaba entre mi mano...!

IV

Y un espectro de aquéllos, con asombros
vi que vino hacia mí, lento y sin ira,
y llevaba una piel sobre los hombros
y en las pálidas manos una lira; y
me dijo con voces resonantes
y en una lengua rítmica que entonces
comprendí: —«¿Que quiénes somos? Los gigantes de
una raza magnífica de bronces.

»Yo me llamé Netzahualcóyotl y era
rey de Texcoco; tras de lid artera, fui
despojado de mi reino un día,
y en las selvas erré como alimaña,
y el barranco y la cueva y la montaña
me enseñaron su augusta poesía.

»Torné después a mi sitial de plumas,
y fui sabio y fui bueno; entre las brumas
del paganismo adiviné al Dios Santo;
le erigí una pirámide, y en ella,
siempre al fulgor de la primera estrella
y al son del huéhuetl, le elevé mi
canto.»

V

Y otro espectro acercóse; en su derecha
levaba una macana, y una fina
saeta en su carcaje, de ónix hecha;
coronaban su testa plumas bellas, y
me dijo: —«Yo soy Ilhuicamina,
sagitario del éter, y mi flecha
traspasa el corazón de las estrellas.

»Yo hice grande la raza de los lagos,
yo llevé la conquista y los estragos

a vastas tierras de la patria andina, y
al tornar de mis béticas porfías
traje pieles de tigre, pedrerías y
oro en polvo... ¡Yo soy Ilhuicamina!»

VI

Y otro espectro me dijo: —«En nuestros cielos las
águilas y yo fuimos gemelos:
¡Soy Cuauhtémoc! Luchando sin desmayo caí...
iporque Dios quiso que cayera!
Mas caí como águila altanera:
viendo al sol, y apedreada por el rayo.

»El español martirizó mi planta sin
lograr arrancar de mi garganta
ni un grito, y cuando el rey mi compañero temblaba
entre las llamas del brasero:
—¿Estoy yo, por ventura, en un deleite?,
le dije, y continué, sañudo y fiero,
mirando hervir mis pies en el aceite...»

VII

Y el fantasma postre llegó a mi lado:
no venía del fondo del pasado
como los otros; mas del bronce mismo
era su pecho, y en sus negros ojos
fulguraba, en vez de ímpetus y arrojos,
la tranquila frialdad del heroísmo.

Y parecióme que aquel hombre era
sereno como el cielo en primavera
y glacial como cima que acoraza
la nieve, y que su sino fue, en la
Historia, tender puentes de bronce entre
la gloria
de la raza de ayer y nuestra raza.

Leyenda de los volcanes (fragmento)

Rafael López

Ahí están; cual invencibles torres de Dios; con herrumbres De
cien siglos y despojos de cien razas... sus pilares,
sosteniendo de los cielos las espléndidas techumbres
lanzan al azul los duros capiteles de sus cumbres,
calcinadas por el fuego de las púrpuras solares.

Ahí están las bravas cumbres, de los astros fronterizas
de gloriosas tradiciones y episodios mil, cubiertas; y
cargando las mortajas de las nieves invernizadas,
como dos blancos patriarcas que conservan las cenizas
levantadas en el viejo polvo de las razas muertas.

Por encima de la noche, su gigante flecha lanza el
triunfal Popocatépetl en su ascensión
y espejismo de oro sueñan en 1a alegre lontananza.
Tal se eleva de la angustia más profunda, la esperanza, y
la vida se decora con mirajes de ilusión.

Ellos saben los tormentos de las razas ya vencidas que
formaron a la sombra de su mole colosal,
un imperio con florestas por jardines, cual los druidas
cuando vieron las dos alas de aquella águila, tendidas,
recogerse en las riscosas esmeraldas de un nopal.

¿Qué feroz Huitzilopochtli, que Ahuitzol de mano aviesa, sobre
el Ixtaccíhuatl tendió pálida y sin vida,

a la virgen ignorada que en sus hielos quedó presa?...

¿No será el trágico símbolo de una raza, la princesa que insepulta entre sus riscos para siempre está dormida?...

En sus torres asomados los eternos centinelas,
cuando los conquistadores espantaron el quetzal y
con mágicos alisios en las almas y en las velas
acercaron a estas playas sus audaces carabelas,
vieron redondearse el Globo con el mundo
occidental.

En un golpe de tormenta que dejó rotas sus brumas
-oponiéndose a los hombres rubios, vástagos del sol-
contemplaron a Cuauhtémoc más valiente que los pumas, al
terrible Sagitario del salvaje airón de plumas.
que tronaban sus torrentes con su ronco caracol.

Cuando como un sudario la silente luna empina sobre
el pálido Ixtaccíhuatl su azufrosa calavera,
pasa en una visión trágica Moctezuma Ilhuicamina,
arrastrando el vano espectro de la infiel doña Marina
por las sierpes de Medusa de su indiana cabellera.

En aquella alba de gloria de infinitas claridades que
una noche de tres siglos derrumbó con sus fulgores, los
volcanes advirtieron en sus mudas soledades
ascender hasta sus cumbres, las nacientes libertades que
arrojó a todos los vientos la campana de Dolores. ***

El orgullo de su frente cristaliza los anhelos y
los triunfos de los héroes victoriosos; a ellas sube

por el gran vapor de lágrimas de la Patria envuelta en duelos, la esperanza en un Hidalgo, la epopeya de un Morelos: un fanal en un eclipse y un bridón sobre una nube.

Almas, si queréis gloriosas palmas, sed como volcanes: conservad, vivos, los fuegos de las esperanzas buenas, y alegremente encaradas a borrasca y huracanes, surgiréis más luminosas de los múltiples afanes cual las esplendentes cumbres en los vértigos serena...

Ahí están incommutables. Torres de Dios. Soberanos.

Índice de tradiciones, de leyendas cementerios.

Arrecifes de las luchas y el afán de los humanos, en sus cúspides se rompen los bullicios ciudadanos y sus pórpidos son lápidas de ciudades y de imperios.

Ahí están; y en la grandeza de su triunfo solitario, en la paz y en el silencio de su augusta eternidad... ven que en un cuadrante insólito, un gran sol extraordinario marca la hora memorable que da vida a un centenario la hora santa, la hora inmensa, la hora de la libertad...